

# LA SITUACIÓN GEOPOLÍTICA MUNDIAL Y LA VIABILIDAD DE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Por **Jesús A. Silva Michelena**

## INTRODUCCIÓN

Un título como el que encabeza este trabajo es quizás excesivamente comprometedor. Un tratamiento adecuado del tema implicaría un examen de la situación mundial, en sus aspectos económicos y políticos, así como la consideración de la enorme variedad de situaciones que se presentan en América Latina. Obviamente, dicha tarea escapa los límites de nuestros conocimientos y del tiempo que hemos dispuesto para elaborar el presente trabajo. Nuestro objetivo es simplemente señalar, a grandes rasgos, los elementos fundamentales que conforman la dinámica política mundial y mostrar cómo, dada una cierta tendencia en el reordenamiento económico mundial, al mismo tiempo que se generan enormes presiones en contra de procesos políticos democráticos, también se abren nuevas perspectivas para la revolución social.

En la sección que sigue, intentaremos dar un panorama global de la dinámica política a escala mundial y señalar las implicaciones que tiene para las alternativas políticas en América Latina. Seguidamente entraremos a examinar lo que consideramos la tendencia dominante en el reordenamiento económico mundial, es decir el proceso de transnacionalización, pero enfocándolo desde el punto de vista de las tensiones que crea en los procesos socio-políticos en el interior de los países latinoamericanos. Al final esperamos que quede claro las implicaciones que tienen la dinámica política mundial y el proceso de transnacionalización para la viabilidad de la democracia en América Latina.

## LA DINÁMICA POLÍTICA MUNDIAL

Es un trabajo recientemente publicado hemos examinado las bases estructurales de las relaciones entre las grandes potencias, así como las principales fuentes de contradicciones y conflictos dentro de cada bloque<sup>1</sup>. Allí se muestra claramente cómo, junto con el reordenamiento de la división social del trabajo a escala internacional, está formándose un nuevo orden político mundial. Ambos procesos ocurren simultáneamente y están íntimamente relacionados, pero cada uno tiene su propia dinámica. En su conjunto, se trata del proceso socio-histórico de transición, a nivel mundial, de un modo capitalista de producción, que aun es dominante, a un modo socialista de producción. Este proceso se está dando con carácter más dramático en el mundo subdesarrollado, en donde las condiciones de dependencia externa y de explotación de las masas populares, crean situaciones propicias para el surgimiento de movimientos de liberación nacional. En la medida en que estos movimientos logren un cierto éxito y en la medida en que puedan recibir ayuda militar masiva de una país socialista, en esa misma medida aumentan sus posibilidades de éxito. En estos casos lo más probable es que se dé una confrontación indirecta entre las grandes potencias, como ocurrió en Corea y en Vietnam. La situación de crisis por la que atraviesa el mundo capitalista y la coyuntura política particular por la que atraviesa los Estados Unidos desde 1967 hasta el presente, han determinado una pérdida en la capacidad de maniobras de esa gran potencia. Lo cual, unido a la expansión de la capacidad de la URSS para dar apoyo logístico ha determinado que el Medio Oriente y África se hayan convertido en "zonas calientes". Es decir, zonas en las que cualquier conflicto interno tiende a convertirse en una confrontación entre las grandes potencias. Los casos de Angola y de Etiopía son significativos en este respecto. Al mismo tiempo, sin embargo, la profundización de las diferencias entre la URSS y la República Popular China ha determinado que los conflictos internacionales del tipo que nos hemos estado refiriendo no sea un enfrentamiento nítido entre el campo socialista y el capitalista, sino que se den alianzas circunstanciales y cruzadas entre países capitalistas, socialistas, movimientos de liberación y de contra revolución. De nuevo los casos de Angola y de Etiopía son significativos a este respecto. Finalmente, la actual situación conflictiva entre Vietnam y Camboya, muestra claramente que la división entre chinos y soviéticos puede llevar a confrontaciones dentro del propio campo socialista, sin que en dicho conflicto intervengan fuerzas del campo capitalista.

Dentro del marco global recién descrito, se producen fenómenos particulares que es necesario considerar a fin de precisar las determinaciones concretas de la situación geopolítica mundial sobre las perspectivas de la democracia en América Latina. Veamos pues algunos de los elementos más significativos. Como es lógico suponer, debemos comenzar por examinar el estado actual de las relaciones entre la URSS y los Estados Unidos, puesto que ello sigue siendo el elemento más significativo en la dinámica política mundial. Así, la distensión parece estar, si no amenazada, al menos un tanto en entredicho, debido a la política del presidente Carter de hacer énfasis en la defensa de los derechos humanos lo cual, obviamente, ha tenido repercusiones muy negativas entre los dirigentes soviéticos. De ambas partes parecen haberse cometido serios errores de interpretación, lo cual no deja de ser sorprendente, dado el conocimiento acumulado entre los expertos de la materia<sup>2</sup>. Los soviéticos por su parte, parecen pensar que el pueblo norteamericano y sus grupos de intereses presionan fuertemente a Carter para que concluya los acuerdos con Moscú, particularmente los que se refieren a la limitación de las armas nucleares. Además, parecen no haber entendido la importancia que tiene la política de los derechos humanos, como una medida para cohesionar nuevamente a la sociedad americana, superar los traumas de Vietnam y de Watergate y reganar un perdido consenso interno y el liderazgo ideológico en el mundo capitalista. Sus reacciones más bien parecen indicar que se trata de un nuevo ardid norteamericano para poner en entredicho al régimen soviético.

Por su parte, la dirigencia norteamericana no estimó suficientemente la fuerte reacción soviética a sus predicamentos por los derechos humanos. Esta reacción era de esperar por el significado político interno que tiene, en términos de apoyo a los disidentes, lo cual puede estimular el descontento existente en la URSS. Ante esta situación, era lógico que los soviéticos

pensaran que se trata de un nuevo estrategema para estimular la oposición interna, solo que ésta vez en vez de venir a través de la radio, venía directamente desde la Casa Blanca. Además, también subestimaron los dirigentes norteamericanos la importancia que los soviéticos le dan a una drástica limitación de las armas estratégicas.

A la luz de lo dicho anteriormente, es necesario considerar brevemente el posible impacto de nuevos desarrollos tecnológicos en los armamentos. En particular nos referimos al cohete-crucero y a la bomba neutrónica, también llamada solo-mata-gente. Ambos desarrollos tecnológicos contradicen abiertamente el espíritu de la SALT y han provocado una justificadamente virulenta reacción soviética, dañando aun más el tambaleante detente. Algunos estrategas norteamericanos piensan que la bomba neutrónica, por ser "limpia", puede utilizarse como arma táctica para contrarrestar la aparente superioridad de las tropas del Pacto de Varsovia. Con este nuevo armamento, además, parece incrementarse el riesgo de una guerra nuclear, el cual hasta ahora parecía reducido a cuestiones de "error" o de "azar". Los poseedores de este armamento pueden ilusionarse creyendo que ahora sí es posible ganar la guerra, puesto que sería factible ocupar el territorio enemigo bombardeado y usufructuar los bienes materiales, eliminándose de paso el problema de tener que tratar con una población hostil, puesto que ésta supuestamente desaparecería bajo los efectos de las bombas. En suma, pues, el efecto global es que para decirlo con las palabras del premio Nobel soviético Nikolai Semionov:

"La bomba de neutrones del presidente Carter convirtió en un fino hilo la sogá de que pendía sobre la humanidad la espada de Democles. Para evitar la ruptura del hilo y no permitir que surja la llama nuclear -y si surge, difícilmente se mantendrá en límites previstos- es imprescindible lograr que se prohíba el nuevo tipo de arma de exterminio masivo"<sup>3</sup>.

Como sugiere la cita anterior, sería un grave error de cálculo pensar que si la URSS o cualquier país de su zona de equilibrio es atacado con bombas neutrónicas, éstos no responderán con las mayores armas que tengan, sería el holocausto final.

Por la razón antes anotada y tomando en cuenta que hay factores estructurales que impulsan las dos grandes potencias hacia la política de distensión, debemos concluir que si bien dicha política está atravesando por un período de desarreglo, es de esperar que se hagan todos los esfuerzos para volverla a vigorizar. En efecto, ya se anuncia la posibilidad de un próximo encuentro entre Carter y Breznev, con el fin de llegar a un nuevo acuerdo sobre limitación de armas estratégicas.

Hay otros fenómenos recientes que es necesario prestarles atención, al considerar las tensiones entre las grandes potencias y sus respectivos bloques. En efecto, como se sabe, el incremento de los precios del petróleo tuvo un mayor impacto en Europa y Japón que en los Estados Unidos y la URSS. En la medida en que el fenómeno ha evolucionado se ha ido aclarando que la transferencia de excedentes a los países de la OPEP ha estado regresando por la vía del intercambio comercial, principalmente a Alemania, Japón y, en mucha mayor medida a los Estados Unidos, mientras que el resto de Europa continúa siendo duramente golpeada. Esto ha incrementado la ya alta inestabilidad y deterioro económico de los países del sur de Europa y de la Gran Bretaña. A nadie se le escapa que ello puede contribuir a fortalecer los ya poderosos movimientos de izquierda europeos, particularmente en Francia y en Italia, los cuales pueden llegar al poder en breve lapso. Esto, naturalmente, crearía un nuevo problema a la política de poder entre los grandes bloques, por cuanto se trata de países que están considerados como parte de la zona de equilibrio capitalista. Por los momentos, los Estados Unidos están haciendo esfuerzos para garantizar a la burguesía de esos países un cierto respaldo que impida que llegue ese momento crítico, pero de todos modos el problema está allí latente y con grandes probabilidades de que aflore a la superficie en cualquier momento.

## LA SITUACIÓN EN ASIA

El continente asiático continúa siendo uno de los más conflictivos del globo. Después de la derrota de los Estados Unidos en Vietnam, Cambodia y Laos pareció haberse alcanzado un punto de equilibrio, en el cual se respetaría el nuevo orden político regional logrado, en aras de la tranquilidad necesaria para la tarea de reconstrucción de los países recientemente ganados para el socialismo y a favor de la necesaria presencia norteamericana, como factor garante de que ninguna de las dos potencias socialistas tratará de expandir sus respectivas zonas de influencia. Sin embargo, el conflicto entre Vietnam, Cambodia y Laos muestra claramente que la ruptura chino-soviético continúa predominando en la escena y que es bastante grande la amenaza de que estalle un conflicto directo entre ambas potencias socialistas. Por esta razón Japón es visto tanto por la URSS como por China como otro factor importante en la zona, ya que puede contribuir a desarrollar los recursos naturales de ambos países, sin que sea, al menos por los momentos, una amenaza militar. La nueva política exterior China, de mayor acercamiento a los países capitalistas con miras a beneficiarse de su tecnología, es un claro indicio de que la dirigencia de ese país le da una extraordinaria importancia al mejoramiento de su capacidad para competir con la URSS. Así puede preverse que dicho conflicto se mantendrá por algún tiempo y que no solamente tendrá repercusiones en Asia, sino también en otras partes del globo.

## EL MEDIO ORIENTE Y AFRICA

No hay ninguna duda de que el siempre latente conflicto entre los países árabes e Israel sigue siendo el eje central de la geopolítica de la zona. Los visibles avances hacia el logro de una paz negociada, puestos de manifiesto en el acercamiento entre Sadat y Begin y los esfuerzos realizados en la conferencia de *Camp David*, ha hecho surgir una oleada de comentarios optimistas sobre la posibilidad de lograr, por fin, la tan ansiada paz. Sin embargo, tanto la posición del resto de los países árabes, como lo poco significativo del avance logrado hacen pensar que el conflicto sigue todavía latente y que se está aún lejos de haber evitado una nueva confrontación bélica. De hecho, la política de los países árabes sigue estando principalmente orientada por la posibilidad de un conflicto con Israel. Así, para evitar que Estados Unidos apoye fuertemente a Israel, los

países árabes tienen que mostrar que pueden utilizar el arma petrolera, si bien no a través de un nuevo embargo, lo que sería interpretado por Carter como un acto de guerra, sí a través de una más concertada manipulación de los precios. Este quería, quizás, el único motivo que movería a Arabia Saudita a tomar otra vez una decidida posición en defensa de la OPEP.

Mientras tanto, el rápido agotamiento de las grandes reservas petroleras de la URSS, frente a una expansión de su demanda, hacen que esta gran potencia esté cada vez más dispuesta a arriesgarse en el Medio Oriente. Su creciente capacidad de dar apoyo militar masivo en la zona es, hasta cierto punto, un arma de negociación que está a disposición de los árabes, teniendo que dar muy poco a cambio (permitir una cierta presencia de la URSS, más no una modificación de los regímenes políticos y un apoyo a los movimientos revolucionarios).

Pero, ante lo dicho anteriormente, está el efecto contrabalaceador ejercido por la OPEP. Esta organización, debido a su relativo poder de negociación frente a las grandes potencias, ha inducido una cierta autonomía en los países árabes, los cuales seguramente estarán pensando en la necesidad de crear un sub bloque propio. Pero si bien esta mayor autonomía les permite mantener a una cierta distancia la influencia de las grandes potencias, ella crea una situación propicia para que afloren a la superficie una compleja gama de problemas internos, tanto dentro de los países como entre ellos, lo que tiende a minar la unidad del mundo árabe y, en consecuencia, el poder de negociación de la OPEP. El conflicto del Líbano es un ejemplo claro de lo dicho. Igualmente el conflicto egipcio-libio también tipifica la clase de fenómenos que pueden aparecer. En efecto, toda la compleja situación del "cuerno" oriental de África, con toda su aparente confusión de solidaridades, parece responder a esta situación. Algunos señalan que el nuevo tipo de conflictos se está dando por una parte, entre los países llamados moderados, entre los cuales se cuentan Egipto, Sudán, Marruecos, Nigeria, Arabia Saudita, Túnez y Eritrea y, por la otra, los llamados "radicales" o "progresistas", entre los cuales estaría Etiopía, Argelia, Angola y el apoyo indirecto de Israel. Como puede observarse, los apoyos parecen cruzar ante infranqueables barreras ideológicas. Pero sería un error concluir de lo dicho que las grandes potencias están ausentes de estos conflictos. un examen más detenido de la situación muestra que Estados Unidos está por detrás de la "moderación" egipcia y que influye notablemente sobre Arabia Saudita. Marruecos, por su parte, recibe un fuerte apoyo de los países capitalistas europeos. Los demás países "moderados" de una u otra forma caen también en este juego. Por la otra parte, la URSS apoya decididamente a Libia, Argelia y Angola. Así que es muy posible que, en cualquier momento la situación se defina más claramente en términos de la confrontación entre las grandes potencias. El mismo hecho que tengamos que tratar bajo un solo acápite al Medio Oriente y a África, es ya un reconocimiento de que la dinámica política en esa región tiende a adquirir un mismo sentido general, sin que ello signifique que las peculiaridades culturales, tribales o religiosas no jueguen un papel diferenciador de importancia.

## AMÉRICA LATINA

Esta región continúa siendo una nítida zona de influencia de los Estados Unidos. Ni la URSS, ni China están en capacidad de subvertir esa situación, al menos en la presente década. Si la capacidad soviética se sigue expandiendo a la velocidad con que lo ha hecho en el pasado, es entonces muy probable que hacia mediados de la próxima década comiencen a aparecer en América Latina fenómenos semejantes a los que están ocurriendo hoy en día en África, es decir, conflictos típicos de la zona caliente. Ello, por supuesto, no quiere decir que antes de que eso ocurra no pueden aparecer movimientos socialistas triunfantes en el continente latinoamericano. Como se dijo anteriormente, tal hecho no depende solamente de que haya apoyo o no de la URSS, sino Cuba habría sido un imposible y Allende jamás hubiera llegado al poder. Simplemente, lo que se quiere es destacar que los movimientos revolucionarios de América Latina deben reconocer la realidad geopolítica descrita y, en consecuencia, diseñar una política internacional realista y adecuada al momento.

Consideración especial merece el posible impacto que pueda tener la política de los derechos humanos de Carter sobre las dictaduras latinoamericanas. No hay duda de que la influencia norteamericana sobre estos países es muy grande, sobre todo en los círculos más altos de los ejércitos, que son los que gobiernan. Solamente por ello es de esperarse que dicha política tenga un cierto impacto. Si a lo anterior se le añade la presente disposición del presidente Carter de utilizar otros medios de presión, incluyendo económicos, el impacto ciertamente sería mayor. No obstante, es difícil que al corto plazo se produzcan cambios espectaculares. Por una parte, porque los gobiernos dictatoriales latinoamericanos, en connivencia con los Estados Unidos, pueden adoptar ciertas medidas y hacer ciertas concesiones de modo que den la apariencia de que ha habido algún cambio, mientras que en el fondo todo continuaría igual. Una de estas medidas puede ser, por ejemplo, el anuncio de que pronto se tendrán elecciones. Por la otra, porque -al menos en los actuales momentos- no se avizora un movimiento político que pueda subsistir a los militares y que, al mismo tiempo sea del agrado de los Estados Unidos. Esto se revela claramente en la actual situación de Nicaragua, en donde los Estados Unidos han optado una posición por demás ambigua. En la OEA y en las declaraciones públicas parecen condenar a la Dictadura de Somoza y al genocidio que éste está llevando a cabo. Sin embargo, hay muchas evidencias que indican que el ejército de Somoza continúa recibiendo apoyo logístico y asistencia técnica de los Estados Unidos. Obviamente, aquí parece funcionar el miedo a una nueva Cuba. Pareciera como si los Estados Unidos estuviera esperando a que se liquidara físicamente a todo vestigio "izquierdista", para luego forzar un entendimiento que, a la vez que garantice a Somoza el respeto de sus propiedades, le de una faz democrática a Nicaragua. El ejemplo de Indonesia parece estar vigente todavía.

El caso de Brasil merece especial atención. Por la forma como se ha venido desarrollando el actual proceso electoral y por las manifestaciones abiertas de democratización, pareciera como si pudiera alcanzarse un nuevo pacto social entre fuerzas que son esencialmente moderadas y que, por lo tanto, implicaría una apertura hacia la democracia.

Habría también que hacer una breve mención de la situación relativa al Canal de Panamá. Lo significativo en este caso ha sido la movilización y solidaridad que ha despertado en varios países latinoamericanos. La conferencia cumbre de Bogotá,

realizada en agosto de 1977, es un símbolo de que puede estarse dando una nueva conciencia latinoamericana, que permita articular frentes comunes, aunque coyunturales y no muy fáciles de repetir, ante problemas de vital importancia para América Latina.

## EL DIÁLOGO NORTE-SUR

Debemos ahora hacer una referencia al llamado diálogo Norte-Sur, o sea la Conferencia para la Cooperación Internacional que tuvo lugar en París y que concluyó en mayo de 1977. La significación de esta conferencia es que por primera vez los países industrializados accedieron a sentarse en una mesa de negociación frente a los llamados países del Tercer Mundo. Ciertamente este es un logro significativo, pero más por sus efectos propagandísticos que por las realizaciones concretas obtenidas. Así, prácticamente ninguna de las propuestas esenciales de los países subdesarrollados fue alcanzada. En particular fueron rechazados de plano la indexación de los precios de las materias primas según la inflación mundial o el fondo global para la estabilización de los precios, ni tampoco se obtuvo nada en relación a las posibilidades de cambiar las reglas ínter monetarias para aliviar el peso de la deuda externa de los países subdesarrollados.

Lo que se ha obtenido de las otras demandas del "tercer mundo", ha sido posible más bien porque convenía a los intereses de los países capitalistas avanzados que por concesión de los países subdesarrollados. Así, el incremento de la industrialización que se ha experimentado en las economías subdesarrolladas, lo que parece acercarlas al objetivo fijado en la UNIDO (25 por ciento de la producción industrial localizada en el tercer mundo para el año 2000), ha sido por el interés de los países avanzados en efectuar un redesplice industrial, a fin de dar salida a sus excedentes de capitales y contrarrestar la baja tendencial en la tasa de las ganancias. Pero no se lograron los cambios que se pedían en la regulación del comercio internacional a fin de que se tuviera un acceso más amplio -no recíproco- a los mercados centrales para los productos agrícolas e industriales del "tercer mundo". No obstante los significativos avances hechos en la Conferencia de Lomé (28-2-75), en donde se llegó a un sistema generalizado de preferencias entre la Comunidad Económica Europea y 46 países de África, el Caribe y de los Estados Pacíficos. Asimismo, en igual sentido parece estar operando el sistema de preferencias impuesto por Estados Unidos, sobre la base de seleccionar uno a uno los que tendrían ese tratamiento. Pero ambas acciones, con todo lo positivo que puedan tener, no pasan de ser políticas limitadas que de ninguna manera favorecen al conjunto del mundo subdesarrollado.

Otro de los logros que parecen haberse obtenido en este nuevo diálogo entre el "norte" y el "sur", es la creación de un fondo para alimentos, destinado a los países más necesitados del mundo subdesarrollado. No obstante, queda todavía por ver la amplitud y efectividad con que operará dicho fondo.

Finalmente, habría que mencionar que tampoco fue aceptada la demanda planteada con respecto a las empresas transnacionales en el sentido de que se elabore un código de conducta de dichas empresas en el "tercer mundo", se facilite la transferencia de tecnología y se reconozca el derecho a nacionalizarlas.

En términos generales, sería un grave error creer que la nueva capacidad de los países subdesarrollados para "dialogar" con los países avanzados, significa una nueva tendencia en la dinámica política mundial o que se trata de una señal significativa del nuevo orden mundial. Sin negar la importancia intrínseca del evento reseñado, el mismo se inscribe dentro de las tendencias más generales que están transformando al mundo contemporáneo hacia un nuevo orden mundial. La prueba de ello es que los resultados positivos obtenidos por los países subdesarrollados en dicho diálogo, fueron aquellos que se inscribían dentro de dichas tendencias. No obstante, no hay que subestimar tampoco lo nuevo que significa la OPEP, en tanto instrumento con poder de negociación frente a los países capitalistas avanzados, pero tampoco hay que ser tan optimista como para creer que pueden surgir otras organizaciones semejantes alrededor de otras materias primas, o que el poder de la OPEP es tan grande que puede reorientar a voluntad las tendencias objetivas de la economía mundial.

En suma, del panorama descrito se deduce claramente que la situación geopolítica mundial presenta nuevas oportunidades a los países latinoamericanos, para que éstos desarrollen una política internacional más favorable a sus propios intereses. La situación de crisis económica mundial y la relativa poca capacidad de maniobra de los Estados Unidos, permite que se pueda adelantar una política que, al mismo tiempo que aproveche la fuerte competencia inter imperialista, se puedan establecer lazos de cooperación económica con los países socialistas, sin que por ello se pueda esperar una retaliación de parte de los Estados Unidos. Naturalmente que lo anterior implica el mantenimiento de buenas relaciones con la Gran Potencia Capitalista, puesto que ésta continúa siendo de indiscutible preponderancia en el área.

El que se adelante o no esta nueva política internacional por parte de los países latinoamericanos depende de la situación interna de cada uno y de su peso relativo en el continente. Por lo tanto conviene entrar a examinar ahora los rasgos fundamentales del proceso de transnacionalización el cual, a nuestro juicio, constituye la tendencia dominante al interior de los países latinoamericanos.

## EL PROCESO DE TRANSNACIONALIZACIÓN Y LAS TENSIONES POLÍTICAS

Como se sabe, los países latinoamericanos constituyen un conjunto heterogéneo en los cuales puede apreciarse diversos grados de desarrollo y diversas etapas en cuanto a las modalidades de su inserción en el sistema capitalista mundial. De hecho se trata de un proceso socio-histórico que ha atravesado por varios períodos en cuyo curso se han constituidos las diversas formaciones sociales que integran América Latina. Así, puede afirmarse que en cada período determinado se ha implantado como dominante una modalidad específica de relaciones de producción la cual, en el período siguiente ha sido

desplazada, mas no eliminada por una nueva forma de relaciones de producción, constituyéndose así una compleja estructura socio-económica. Como este proceso ha ocurrido también en toda la periferia capitalista, atendiendo a este criterio pueden clasificarse los diversos países del mundo subdesarrollado. Así, en los países atrasados, que son unos 64 en total, predominan las formas no capitalistas de producción o formas primitivas de capitalismo; luego estarían los países neo-coloniales, que son unos 36, en los cuales se ha iniciado ya, o está comenzando el proceso de sustitución de importaciones, impulsado por el capital extranjero y bajo formas monopolistas de producción. Finalmente, están la India, Nigeria, Brasil, Venezuela, México, Argentina y Chile, países en los cuales el proceso de industrialización sustitutiva ha alcanzado cierto nivel de desarrollo, y cuyas economías están entrando en la etapa de transnacionalización. Este dudoso privilegio se caracteriza, entre otros elementos, porque las grandes compañías transnacionales entran a dominar los sectores punta, es decir aquellos que son los más dinámicos y de los cuales depende el ulterior crecimiento del producto bruto. En esta etapa, la industria local en general pasa a ser dependiente de los insumo provenientes del exterior. Si a ello se le añade el sustancial control que ejerce el capital extranjero en los sectores servicios, comercio y finanzas mediante capitales, patentes y marcas extranjeras, se llega a la triste conclusión de que aproximadamente un 75 por ciento de la economía -al menos este es el caso de Venezuela hasta el momento de la nacionalización del hierro y el petróleo- es controlada directa o indirectamente por firmas extranjeras<sup>4</sup>.

Indudablemente que esta situación, en términos de la propiedad de los medios de producción, ciertamente se han modificado a raíz de la nacionalización de las industrias del hierro y del petróleo. A partir de ese momento, el peso específico del estado venezolano en el proceso productivo se ha incrementado notablemente. Sin embargo, puede afirmarse que ello no ha cambiado sustancialmente la dinámica del proceso. En primer lugar, porque dichas industrias se siguen manejando con los mismos criterios con que se manejaban antes, por lo que su impacto sobre la economía en su conjunto sigue siendo similar. En segundo lugar, porque dichas compañías, en particular las de la industria petrolera, que es la más importante, ha mantenido lazos íntimos con las compañías transnacionales del petróleo tal como lo atestiguan los contratos de asistencia técnica y de comercialización celebrados. Mientras tanto, en el resto de la economía parece haberse incrementado el dominio del capital extranjero, no ya sobre los sectores punta, o sea las industrias tecnológicamente más avanzadas, sino también sobre industrias, como el tabaco o los alimentos, orientadas al consumo de las grandes masas de la población.

Los efectos de la transnacionalización varían de país a país, sin embargo, como se trata de una tendencia mundial, es posible descubrir las características generales del proceso allí donde se manifiestan más nítidamente, es decir en los países donde se halla más avanzado. Como se mencionó anteriormente, en países como Argentina, Brasil, México, Chile y Venezuela, a través de la forma de acumulación neo-colonial, se logró llegar al estadio en la cual la demanda interna de bienes de consumo durables y no durables era satisfecha en gran parte mediante la industria local. En algunos de estos países también se ha logrado un desarrollo significativo en ciertos sectores intermedios y en algunos sectores productores de bienes de capital, pero en éstos el capital extranjero ha jugado un papel principal. Sin embargo, hasta ahora no se ha desarrollado, no hay señales de que ocurrirá así en el futuro, los sectores productores de medios de producción que requieren una tecnología más avanzada. En otras palabras, que comienza a perfilarse una nueva división del trabajo en el campo capitalista. Este esquema permite la continuación de las relaciones de dependencia puesto que la producción y control de la tecnología necesaria para poner en marcha todo el mecanismo industrial, seguirá permaneciendo en las manos de las corporaciones transnacionales.

En los países en los cuales el proceso de sustitución de importaciones se inició en los años de 1920, acelerándose después por efecto de la crisis de los años de 1930, la burguesía local jugó un papel de cierta importancia, aún cuando el capital monopolista extranjero desempeñó el papel principal, estableciéndose así una estrecha relación entre la burguesía local y la burguesía internacional. El Estado, poniendo en juego todos los recursos de política a su alcance, contribuyó a reforzar esa relación; sin embargo, el Estado mismo adquirió una mayor autonomía relativa, es decir, una mayor capacidad para tomar decisiones de política en nombre del "interés general de la nación". Como el proceso de sustitución de importaciones había creado las condiciones para el surgimiento de sectores medios urbanos y proletarios, la mayor autonomía relativa del Estado permitió que las políticas de los gobiernos se dirigieran, por primera vez, a satisfacer las necesidades de esos sectores urbanos. De este modo, en estos países emergieron partidos poli clasistas, con proyectos definidos de reformas social-demócratas, con banderas antioligárquicas e incluso antiimperialistas. En algunos casos importantes, líderes populistas con amplio respaldo de las masas urbanas, llegaron al poder bien por la vía electoral, bien mediante golpes de estado.

Sin embargo, en la medida en que el proceso de transnacionalización ha avanzado, las burguesías locales han ido perdiendo cada vez más control de la economía local, incluso en los sectores industriales tradicionales como tabaco y alimentos. Pero este proceso de desnacionalización ha estado ocurriendo con la connivencia de los grupos empresariales locales más poderosos, los cuales se integran cada vez más a la burguesía internacional, abandonando así el "proyecto nacional".

Entre las consecuencias más importantes de esta forma transnacional de "desarrollo" están las siguientes: la tecnología utilizada, como está diseñada para resolver problemas característicos de las economías avanzadas, es altamente ahorradora de mano de obra y de materias primas del tipo que escasea en los países avanzados. Ese hecho, al mismo tiempo que contribuye a agravar el problema de desempleo estructural característico del subdesarrollo, crea también un mercado con un patrón de consumo tan refinado que no corresponde con los niveles generales de desarrollo existentes. Pero como ese patrón de consumo se satisface con la producción de las industrias más dinámicas la cual está casi toda en manos de corporaciones transnacionales, obviamente por una parte, se refuerza la posición clave de dichas empresas transnacionales en las economías locales, y por la otra, se hace necesario hacer crecer más rápidamente el ingreso de los grupos sociales más privilegiados, que son los que tienen mayor propensión a consumir dichos productos. De allí, pues, que los gobiernos se ven forzados a adoptar políticas concentradoras del ingreso a fin de expandir el mercado interno, ya que las posibilidades de exportación, aunque en aumento, siguen siendo limitadas bien por falta de competitividad en relación a los mercados internacionales, bien por los acuerdos celebrados con las matrices mediante los cuales se restringen las posibilidades de exportación. Por estas razones los mercados se mantienen relativamente restringidos a pesar del aumento del consumo capitalístico, de modo que se produce un

gran desperdicio económico debido a la alta capacidad ociosa de las empresas, la cual nunca puede llegar a utilizarse plenamente puesto que las empresas se ven obligadas a invertir constantemente para, a través de la incesante incorporación de innovaciones tecnológicas generadas en el centro, poder mantener su capacidad competitiva en un mercado en el cual los consumidores tiene un gusto que cambia al mismo tiempo que cambian las modas en las economías capitalistas avanzadas. En consecuencia, el precio de los artículos manufacturados tiende a ser más elevado, en comparación con los precios internacionales, lo que restringe aún más el mercado doméstico, favorece una ulterior reconcentración de los ingresos, estimula la inflación y deteriora la capacidad para exportar.

Pero conjuntamente con la formación de estas capas sociales privilegiadas de consumidores refinador, emergió también un sector proletario con empleo permanente en los centros dinámicos de la economía y un sector urbano en acelerada expansión, dedicado a los servicios, a empleos transitorios, trabajos ambulantes y buhoneros, que ha sido designado por algunos sectores con el controversial pero ilustrativo término de "capas marginales". La mezcla de estas crecientes masas urbanas empobrecidas pero con altas aspiraciones de consumo, el aumento de la participación política activa fomentada por los partidos poli clasistas en busca de clientela electoral y el estímulo de las aspiraciones ocasionado por las campañas políticas y por la alta exposición a los medios de comunicación social, resulta ser un tanto "peligrosa" para la seguridad de la clase dominante, la cual mira con enorme sospecha la política democrática debido a las oportunidades que ofrece a los trabajadores para que presionen por mayores salarios, disminuyendo así los incentivos para que continúe el proceso de transnacionalización. En efecto, al menos en los casos de Argentina y Brasil, ello se manifestaba con un creciente estancamiento de la economía.

Precisamente en esos casos (Argentina y Brasil) la "salida" encontrada fue la toma del poder por parte del ejército, el cual estableció regímenes altamente autoritarios y represivos, pero que crearon mayores condiciones para la profundización del proceso de transnacionalización. Ahora bien, debido a que la magnitud de la inversión es muy grande, a que los problemas técnicos asociados con estas nuevas actividades son más complejos y a que su rentabilidad es muy incierta, el Estado ha participado activamente, en muchos casos, en la implantación de estas industrias. Esto, obviamente, refuerza y aumenta el papel del estado en la economía como un todo.

Así, en la medida en que avanza el proceso de transnacionalización, ocurre la disrupción de las actividades económicas tradicionales, de una manera tan generalizada y penetrante que O. Sunkel y E. Fuenzalida han sugerido hablar de un proceso general de "desintegración"<sup>5</sup>. Este proceso, por supuesto no se restringe a las actividades económicas sino que se extiende a todos los niveles sociales y culturales de la formación social. Como consecuencia de ello, se refuerza la tendencia de la burguesía local a integrarse con la clase capitalista internacional y abandonar sus proyectos nacionales, incluyendo el proyecto de desarrollo capitalista de corte nacionalista. En este sentido, emplean sus poderosos grupos de presión para que el estado utilice su creciente poder represivo y el papel clave que juega en la economía, para mantener bajos, e incluso disminuir, como en el caso de Brasil, el salario real de los trabajadores, a fin de garantizarle a las compañías transnacionales una tasa de beneficios lo suficientemente alta como para que continúen invirtiendo en el país. Obviamente, esas políticas restrictivas no pueden ser llevadas adelante a menos que se ejerza un fuerte dominio del movimiento obrero, bien por medios políticos, bien por medios represivos. Así, se profundiza la tendencia hacia el autoritarismo en las formaciones sociales periféricas más avanzadas. En el caso venezolano es importante destacar que el dominio sobre el movimiento obrero es principalmente político. Por razones históricas, que no es el caso considerar aquí, el movimiento obrero creció bajo el aliento de los partidos políticos Acción Democrática y COPEI. Ello permitió la conformación de capas dirigentes leales a dichos partidos, hasta el punto de permitir articular el movimiento obrero a los intereses generales de la política partidista. Después de 1960 en adelante puede hablarse de un acuerdo tácito entre partidos, movimiento obrero y sector empresarial para mantener en el país lo que se ha dado en llamar la "paz laboral", la cual se hace cada vez más orgánica a través de los llamados mecanismos de concertación. Indudablemente que esto constituye un factor fundamental de estabilidad del régimen operante.

No obstante, en la medida en que progresa el proceso de transnacionalización, tienden a perder vigencia las viejas políticas populistas y paternalistas del gobierno y a reemplazar el carácter antioligárquico y modernizador del estado, que distorsionaba los intereses de clase del movimiento obrero, por un definido perfil capitalista monopolista. Esto abre la posibilidad para que la tradicional política reivindicativista del movimiento obrero sea sustituida por una política en la cual se adopte una posición más consecuente con los verdaderos intereses del proletariado. Esta radicalización seguramente aumentará en la medida en que ciertos sectores medios, que perciben más claramente los peligros de la transnacionalización para la nación en su conjunto, se hagan políticamente más activos, contribuyendo así a generalizar las fuerzas sociales opuestas a la desintegración nacional.

De este modo,

Estas sociedades han generado contraprosos de reintegración nacional, porque la intensidad y amplitud del proceso de desintegración produce una reacción dialéctica entre algunas de las gentes afectadas. Ello le da vida a los intentos de reafirmar los valores y significados, y de los objetos en los cuales ellos se encarnan, que se consideran como "nacionales" (por oposición a lo "transnacional"). En algunos casos estos movimientos adquieren expresión política, y en el proceso adoptan ideologías políticas alternativas. Tales movimientos intentan hacer retornar al país a las fuentes de su existencia como una entidad aparte, en todos los niveles: social, cultural y personal<sup>6</sup>.

La larga onda expansiva que experimentaron los países capitalistas avanzados en el período 45-67, y en particular la disminución de los "picos del ciclo industrial", mediante los gastos de guerra y una exitosa política keynesiana y neokeynesiana, creó un clima económico internacional más estable, eliminándole a los países subdesarrollados los

recurrentes shocks que recibían cada vez que ocurría una recesión en los países centrales. Este clima de estabilidad post-keynesiano fue un importante factor minimizador de las tendencias reintegrativas en los países periféricos. Sin embargo, como lo demuestra la crisis actual del capitalismo, es probable que tales políticas no sean tan efectivas en el futuro más o menos inmediato. Ello tiene dos implicaciones importantes. En primer lugar, es probable que se agudice la lucha de clases en los países capitalistas avanzados y, en segundo lugar, que los ciclos industriales sean más pronunciados y por tanto tengan un efecto desestabilizador sobre los países subdesarrollados. Ambos factores favorecen el surgimiento de condiciones objetivas (crisis) y subjetivas (efecto demostración de las luchas obreras en los países desarrollados) para que aumenten las esperanzas de los movimientos nacionalistas que luchan por la liberación nacional.

Es dentro de este contexto que conviene interpretar la aparición de un nuevo nacionalismo latinoamericano el cual, en el caso de Venezuela, se manifiesta a través de la política de apoyo a las exportaciones de productos primarios de los países de América central; en la política de refuerzo del Pacto Andino; en el apoyo al área de libre comercio del Caribe (CARICOM) y en la promoción del Sistema Económico Latinoamericano (SELA), al cual se han adherido ya veintitrés países de América latina y del Caribe. También se manifiesta en la búsqueda de una mayor unidad política de la región y en la revalorización de los valores políticos y culturales latinoamericanos, como se evidencia en la Declaración de Ayacucho. En lo interno, la nacionalización del hierro y del petróleo muestra otros aspectos operativos del nuevo nacionalismo.

En suma, pues, se trata de un proceso de desarrollo que es intrínsecamente conflictivo el cual se caracteriza, de una parte, por un modelo de crecimiento transnacional y, de la otra parte, por una política que tiene como objetivo la disminución de las desigualdades sociales y un nuevo nacionalismo, los cuales están en contradicción con el modelo de crecimiento. Si se juzga la situación en términos de la experiencia brasileña, Argentina y chilena, parecería ser que el eslabón más débil de la cadena lo constituirían las formas democráticas de la política, puesto que estas son las primeras que desaparecieron al agudizarse la contradicción aludida.

No obstante, en el caso de Venezuela, los enormes recursos financieros de que dispone el gobierno tienden a temperar la contradicción entre el populismo democrático y la transnacionalización de la economía. Con una torta que crece, es posible darle a la burguesía transnacional un pedazo tan grande como quieran -como se demuestra al examinar las Actas de Advenimiento con las compañías petroleras- y, al mismo tiempo, darle a los otros sectores sociales una porción también cada vez mayor. No es que no se produzcan conflictos sociales; al contrario al nivel de la burguesía comienzan a aparecer tensiones internas por el surgimiento de nuevos grupos de poder económico ligados a ciertos sectores transnacionales, que compiten con otros sectores de la burguesía, más tradicionales y ligados a otros sectores del capital extranjero. También comienza a hacerse más transparente la lucha por la distribución de la plusvalía entre el capital y el trabajo. Pero lo cierto es que mientras la torta de los ingresos fiscales siga creciendo no parece haber peligro clave de que esas tensiones sociales sobrepasen límites tolerables.

No obstante, un examen de la situación económica venezolana, muestra que la tendencia actual hacia el despilfarro y la improductividad, que es característica del modelo de desarrollo consumista, dependiente, está teniendo un impacto negativo sobre ciertas variables claves. En particular debe mencionarse que ya la balanza de pagos está experimentando un déficit que para el presente año se estima en unos 2.500 millones de dólares. Las proyecciones más conservadoras indican que dicho déficit ascenderá a unos 10.000 millones de dólares para 1981. Esto implica que de no aumentar considerablemente los precios del petróleo, el Gobierno tendrá que reducir el Gasto Público en forma bastante drástica. Entonces lo más probable es que se produzca una agudización de las tensiones sociales y es posible que los movimientos reintegrativos adquieran mayor fuerza, hasta el punto de hacer que el país cambie de rumbo. Por supuesto, tampoco puede descartarse como posible un mayor control del Estado por parte de las fuerzas regresivas, las cuales seguramente intentarán profundizar las tendencias transnacionalizadoras actualmente prevalecientes, lo que implicaría un aumento del autoritarismo y la represión.

## CONSIDERACIONES FINALES

El análisis de la situación geopolítica mundial que se hizo en páginas precedentes, muestran claramente que si bien América Latina continuará por algún tiempo siendo el "patio trasero" de los Estados Unidos, hay signos de que dicha situación tiende a modificarse quizás más rápidamente de lo que la mayoría de los observadores de la política internacional esperan. En particular, es interesante destacar las nuevas oportunidades que ofrecen el reordenamiento económico mundial, la agudización de la competencia interimperialista y el incremento de poder de los países subdesarrollados en los foros internacionales. Esos elementos, más otros que también se consideraron, permiten un mayor campo de maniobra para la formulación de una política exterior por parte de los países latinoamericanos, que tienda a reducir los efectos negativos de la dependencia y a introducir controles favorables para el desarrollo nacional. Ello implica que pueden aminorarse las presiones sociales que han impulsado hacia el autoritarismo a los gobiernos latinoamericanos. A esto se le añade la política de defensa de los derechos humanos que adelanta la administración del presidente Carter.

Sin ser demasiado optimistas al respecto, podría decirse que ello constituye una presión adicional hacia la democratización de América Latina.

A pesar de esos signos favorables para la viabilidad de la democracia en América Latina, una apreciación de conjunto lleva más bien a la triste conclusión de que la situación política actual se mantendrá todavía por algún tiempo. En primer lugar, porque no se ve ningún gobierno latinoamericano que tenga la suficiente audacia y voluntad como para impulsar una nueva política exterior que minimice los efectos negativos de la transnacionalización. En segundo lugar, el poder de negociación de los países subdesarrollados parece ser todavía muy puntual y limitado, sobre todo porque puede constatar una efectiva

pérdida de capacidad de negociación en la OPEP debido fundamentalmente a la posición más que moderada de Arabia Saudita y de Irán. En tercer lugar, la política de derechos humanos de la administración Carter, aparte de los problemas que confronta internamente en los Estados Unidos, no parece aplicarse con suficiente convicción o fuerza, sobre todo porque en la mayoría de los casos no ven claramente una alternativa a la actual, que les garantice que no se repetirá otra Cuba. Ante esa duda, es claro que los Estados Unidos prefieren no hacer nada por desestabilizar los regímenes dictatoriales.

Si se tiende la mirada un poco más hacia el futuro, sin embargo, pueden apreciarse ciertos signos que indican que podrían darse las condiciones necesarias para que ocurran cambios decisivos en la situación de algunos países latinoamericanos. Nos referimos a la posibilidad de que para mediados o fines de la próxima década América Latina se convierta en una Zona Caliente. Ello, naturalmente, dependerá de que la URSS continúe expandiendo su capacidad de dar apoyo militar y económico masivo a los movimientos de liberación nacional y, sobre todo, de que en América Latina las fuerzas progresistas logren ocupar un espacio político de mayor importancia en la escena política nacional. Esta última posibilidad parece favorecerse en la medida en que se profundice el modelo transnacional por cuanto es obvio que las tensiones sociales que se derivan de la aplicación de ese modelo pueden irse acumulando hasta el punto en que se hagan incontenibles. La pregunta clave que habría que responder aquí es ¿por cuánto tiempo puede sostenerse un régimen dictatorial que impulse un proceso de transnacionalización de la economía con las características ya señaladas?

## REFERENCIAS

---

<sup>1</sup> José A. Silva Michelena, Política y Bloques de Poder: *Crisis en el Sistema Mundial. México; Siglo XXI*, 1976. Véase también el artículo "El nuevo Orden Político Mundial" *Nueva Sociedad* N°31/32 pp. 126-140. En esta sección hemos actualizado una parte de dicho artículo.

<sup>2</sup> Time, Julio 18, 1977, p.19.

<sup>3</sup> Nikolai Seminov: "No hay muerte limitada". El nacional. 9-8-77 p. A-6.

<sup>4</sup> Véase Héctor Silva Michelena. "Proceso y crisis de la economía nacional 1960-1973", Nueva Ciencia. Año 1, N°7-enero-abril 1975, pp. 105-127.

<sup>5</sup> Véase Osvaldo Sunkel and Edmundo Fuenzalida, "Transnationalization national desintegration and reintegration in contemporary capitalism: an area for research". IDS Internal Workin Paper N°18. Brighton, june 1974. Véase también Osvaldo Sunkel, "A critical commentary on the United Nations Report on Multinational Corporations in World Development". IDS Discussion paper N°52, Brighton, june 1974.

<sup>6</sup> Osvaldo Sunkel y Edmundo Fuenzalida. "Transnationalization, national desintegration and reintegration in contemporary capitalism: An area for research", IDS Internal Workin paper N°18. Brighton, june 1974.